La inteligencia de que ha dado pruebas, los instrumentos que ha fabricado para su uso, su misma manera de vivir, no permiten ningún paralelo entre él y las poblaciones desheredadas de Oceanía, de Australia y de Nueva Zelandia [1].„

21. Concluyamos, observando con un apologista de nuestra patria, que la observación y la experiencia, así contemporánea como prehistórica, se niegan á confirmar las gratuítas afirmaciones de Büchner, Vogt, Broca, Archyac, Schaaffhausen y demás sostenedores del origen salvaje del hombre, y su ascensión por recursos meramente propios al estado de civilización de que disfruta en el siglo XIX. Arrojado del paraíso y condenado á ganar el sustento con el trabajo de sus manos; en lucha con una fauna, con una flora y con un clima contrario á sus aspiraciones; sin conocimiento de las artes, sin viviendas, sin armas y sin instrumentos, se hallaba en cuanto á la *industria* en un estado rudimentario; pero conservaba la inteligencia, facultad debilitada, pero no diferente en su esencia de aquel soplo divino que animó el cuerpo del primer hombre formado de la tierra. Las ramas, separadas del tronco primitivo y más ó menos aisladas del centro común de la humanidad en sus frecuentes peregrinaciones, han perdido también el patrimonio hereditario de verdades intelectuales y morales y degradádose hasta un estado salvaje; pero junto á la cuna de la humanidad permaneció una raza privilegiada que conservó con más fidelidad la luz primitiva y la irradió posteriormente á todos los ámbitos del universo [2].

1 *Les temps primitifs et les origines religieuses d'aprés la Biblie et d'aprés la science;* París, 1890, tomo II, pág. 59.
2 P. Saja, *Harmonías entre la revelación y la ciencia.* Madrid, 1890.

§ III

La antigüedad del hombre según la ciencia: el hombre terciario.

1. El período eolítico de Mortillet.— 2. El *anthropopithecus* y el *Dryopithecus.*— 3. El hombre terciario.—4. Los descubrimientos de supuestos utensilios.—5. Diferentes yacimientos de la época terciaria.—6. Examen crítico por Arcelin.—7. El yacimiento de *Monte Aperto.*—8. Juicio de Mortillet y de Nadaillac.—9. Las diferentes tallas de la piedra.—10. Examen de los sílex hallados en el terciario.—11. Los descubrimientos de Ribeiro.—12. La ciencia desconoce aún al hombre terciario.

1. Mortillet introdujo en la edad de la piedra un nuevo período al cual llamó *eolítico* ó de la piedra estallada por el fuego, en el cual coloca algunos objetos fósiles del sistema terciario, con caracteres equívocos de talla intencionada. Relacionándose este punto más con la antigüedad del hombre que con su estado de cultura, nos ha parecido que el pretendido período introducido en la edad de la piedra eolítica debía discutirse separadamente, y sólo con el fin de indagar si ha existido ó no el hombre mioceno y hasta el eoceno. Cuestión es esta que ha agitado profundamente los espíritus en estos últimos años, y hecho vacilar las convicciones de sabios eminentes, á quienes se hacía ver que, si los sílices procedentes de la época terciaria presentaban, como se afirma, señales inequívocas de haber sido retocados por un sér inteligente, era preciso, ó conceder al hombre una espantosa antigüedad haciéndole coetáneo de los grandes animales antidiluvianos cuyos restos se hallan al lado de los útiles de su industria, ó admitir la existencia de un animal más ó menos inteligente, que hubiera sido el precursor del hombre. El Presbítero Fabre d'Envieu, renovando la abandonada teoría de La Pereire, admitió la existencia de un hombre anteadámico, extraño á la humanidad actual, á

la relación mosaica y á la cronología bíblica, sin que hayamos podido comprender, en nuestra pequeñez, de qué manera puedan eludirse las dificultades paleontológicas con el expediente de tan peregrino recurso.

2. El citado Mortillet, conocedor de las inmensas dificultades que ofrece la existencia del hombre terciario, no por motivos de fe, que no toma en cuenta, sino por razones científicas, atribuye los sílices de Thenay, de Puy-Courny y de Otta á un animal fantástico, de la familia de los monos, inventado por él y por él bautizado y clasificado en tres especies nada menos, para honra y gloria de los tres grandes ingenios, émulos de Copérnico y de Colón, que con sus descubrimientos etno-litológicos allanaron el camino que nos conduce al origen natural y símico del hombre [1], é inspiraron al ilustre antropólogo prehistórico el pensamiento de compararse á sí mismo con el célebre Leverrier [2]. Si éste, sin auxilio de instrumentos ópticos, guiado únicamente por el cálculo, descubre un planeta en el fondo de los cielos, Mortillet, con la intuición del genio y sin indicios positivos, adivina en el abismo de lo pasado la existencia del precursor del hombre. He aquí los tres abuelitos, según el orden de prelación: el *Anthropopithecus Bourgeoisii,* que hacía estallar mediante el fuego las piedras de Thenay; el *A. Ramesii*, que talló por percusión los sílices de Puy-Courny; y el *A. Riberoii*, que si no acusa sensible progreso, y hasta parece contemporáneo del precedente, acaso tuvo mayor talla. No es fácil de comprender cómo esta teoría, calificada de verosímil por Arcelin [3], puede ser el *único* medio de conciliar los descubrimientos miocénicos, caso de ser ciertos, con las leyes de la paleontología y con la tradición católica, ni por qué especie de sugestión la han creído aceptable Gaudry [1], el P. Monsabré y el P. Valroger. El animal que hace instrumentos no es un irracional, es decir, un sér privado de razón, toda vez que ordena y dirige los medios á un fin preconcebido y conocido como tal, adaptándolos á operaciones determinadas: es un sér que reflexiona, que razona, que tiene ideas generales de causa y de efecto; es un hombre, en una palabra, cuya existencia, en presencia de una hacha tallada, es tan difícil de negar como ante su propio esqueleto. Hay dos cosas—dice Duilhé copiando á Bossuet—que dejan en pos de sí huella inimitable: el dedo de Dios y la mano del hombre, imagen de Dios. Un guijarro, groseramente tallado, es indicio irrebatible del paso por las capas de su yacimiento del sér inteligente y libre [2]. Por otra parte, si la posibilidad del hombre del mioceno sólo se admite, cual hace el mismo Arcelin, suponiéndole suficientemente adelantado en la industria para que le haya sido posible substraerse á las poderosas energías internas del globo en aquella lejana edad [3], no vemos de qué manera un esbozo de hombre, un antropopiteco, un mono que nadie ha visto, ni ha legado siquiera á la posteridad una sola de sus vértebras; no vemos cómo ese símido, más parecido al macaco que al mono antropoide de nuestros días, si hemos de dar crédito á la mandíbula del *Dryopithecus* del mismo Gaudry [4], haya podido hacerse superior industrialmente á esa recrudescencia de la actividad interna del globo, que caracteriza, según el sentimiento unánime de los geólogos, la época terciaria. Los sílices del plioceno, ó son naturales, ó revelan la presencia del hombre.

1 Büchner, *L'Homme selon la Science.*
2 Mortillet, *La Prehistorique*, pág. 104.
3 Arcelin, *L'Homme terciaire*, Congreso científico de París, 1888.

1 Gaudry dirigió una carta á la Academia de Ciencias, sesión de 19 de Marzo de 1890, en la cual rechaza la idea del hombre terciario y la del driopiteco.—*Revue de Q. Sc.,* Julio 1890.
2 Duilhé, *Apología,* pág. 390.
3 Arcelin, *L'Homme tertiaire.*
4 *Le Correspondant,* 10 Marzo 1890. — Afirma Arcelin que el *Dryopithecus* era un mono antropoide, de un tipo *muy elevado;* hasta hoy se ha probado lo contrario: era parecido al macaco.

3. "La época terciaria es por excelencia la de los animales terrestres, y parece corresponder al día sexto de Moisés; si el hombre no vivió en ella, pudo haber vivido perfectamente, sin que el clima ni la Biblia se opongan en lo más mínimo. Lo que falta hoy para afirmarlo son hechos claros.„ Esto hemos escrito hace algunos años [1], y nada tenemos hoy que corregir. El hombre, por su inteligencia y por su industria — observa Quatrefages — es capaz de oponer á las influencias del medio una fuerza de resistencia y de adaptación que no podemos suponer en otros animales; y como no se ha demostrado que la humanidad entera haya sido ruda, salvaje y bárbara en la alborada de su existencia, más racional y más lógico parece atribuir al hombre, y no á otro sér desconocido, la fabricación de los utensilíos que se suponen anteriores al diluvio alpino, sin aceptar *à priori* hechos y datos problemáticos que, á pesar del clamoreo de la falsa ciencia, cabe en lo posible que no resistan el análisis si se les somete al crisol de una crítica severa [2].

4. Examinemos esos hechos y esos datos sin idea preconcebida, guiados únicamente por el amor de la verdad, que es el alimento de la inteligencia, y ganosos de conocer las obras de Dios, cuya sabiduría y omnipotencia tanto más brilla cuanto más se conocen esas obras; sin temor de ninguna especie por cuantas revelaciones nos haga la ciencia, que siempre será para nosotros la perfección natural del hombre y medio poderoso para la consecución de sus ulteriores destinos. Levantemos acta de cuanto han escrito las eminencias del saber y sea digno de tomarse en cuenta, en favor del hombre terciario, y habremos allanado el camino para llegar á conocer cuál sea la antigüedad de la especie humana, objeto de este párrafo.

En obsequio de los lectores que no se hallan del todo familiarizados con esta clase de estudios, figuran en un cuadro sinóptico [1] las edades y épocas prehistóricas y geológicas, las estaciones más importantes que contienen restos de industria humana, verdaderos ó discutidos, la clase de estos utensilios, los nombres con que se generalizan algunos yacimientos arqueológicos y la paleontología animal correspondiente. Limitado este estudio á la indagación de la antigüedad de nuestra especie, no solamente se prescinde de las edades del hierro y del bronce, sino también del período *neolítico,* que corresponde á la edad de la piedra.

1 *Curso de Historia natural,* pág. 452, nota.
2 Quatrefages, *L'Espèce humaine,* pág. 113; *Homes fosiles,* pág. 30.

5. No sólo en los sistemas plioceno y mioceno, sino hasta en el eoceno, se pretende haber encontrado pruebas de la existencia del hombre, contemporáneo de esas estratificaciones. Estas pruebas son *huesos humanos, útiles de hueso* y *útiles de piedra.*

Por el año de 1856, al construir una iglesia en Savona, se encontró un esqueleto humano, á tres metros de profundidad, en el piso astiano del sistema plioceno, entre conchas propias del mismo yacimiento. "Ningún naturalista presenció la exhumación„ [2]; y como el esqueleto estuviera completo y ordenado, créese hoy comunmente que era una sepultura de fecha desconocida [3], igual á las que practicamos en análogos terrenos.

En una colina llamada Castenedolo, á 40 kilómetros de Brescia, encontráronse desde 1860 á 1880 huesos humanos de cuatro individuos yacentes en un terreno plioceno de formación marítima, que Sergi atribuye á un naufragio de los tiempos terciarios [4]. ¡Adelantado estaba el presunto salvaje de tan apartada época, si ya era navegante! Mortillet

1 Véase la pág. 189.
2 Issel, *Compte rendu du Congrès de Paris,* 1867, pág. 75.
3 Mortillet, *Le Prehistorique,* segunda edición, pág. 71. Arcelin, *L'Homme tertiaire,* en las actas del Congreso científico de París, 1888.
4 Sergi, *L'Uomo terziario in Lombardia. Archivio per l'antropologia,* etcétera. Florencia, 1880, pág. 303.

observa además que la mar dispersa los restos humanos sin hacinarlos, como sucede en Castenedolo, donde tampoco estaban al mismo nivel [1]. Todo induce á pensar que sólo se trata de otra sepultura, cerrada con tierra apisonada del mismo terreno, que borró la pista de toda excavación [2].

Por espacio de algunos años se ha discutido un cráneo humano encontrado en las minas de oro del Campo de los Angeles (California) á 151 metros de profundidad, del cual se dió cuenta al Congreso de París de 1867; se explicó por vez primera en 1872, para bautizarlo en 1879 con el nombre de *Cráneo de las Calaveras*. Decían que ese cráneo, sospechoso por demás, yacía en terrenos terciarios. Prescindiendo de la clasificación americana, que inspira profundas dudas á los geólogos del antiguo Continente, para quienes ese pretendido plioceno es un cuaternario, hay la circunstancia agravante de que en esa pretendida estación humana hanse encontrado morteros, pilones, armas y anillos de piedra, vasos de esteatita y otros objetos, tallados con arte y pulimentados con una muela. Luego una de dos: ó los tiempos terciarios coinciden con la edad neolítica, ó esos instrumentos no son de los tiempos terciarios. Mortillet, partidario decidido del antropopiteco terciario, dice á propósito de este hallazgo: "El famoso cráneo humano, supuesto terciario, es simplemente el cráneo de un indio más ó menos moderno. El sabio geólogo de California habrá sido víctima de alguna falsificación interesada por parte de los mineros, que no hallando bastante oro en el fondo de aquellos pozos, benefi-

1 Mortillet, *La Préhistorique,* segunda edición, pág. 71.

2 Véanse las pruebas en la Memoria citada de Arcelin. Escrito ya este párrafo, llega á nuestro conocimiento el hallazgo de otro esqueleto humano en este yacimiento. Encargados Sergi é Issel de su estudio por delegación del gobierno italiano, declararon que el esqueleto en cuestión fué enterrado allí intencionalmente, y que es preciso renunciar á la idea de referir al plioceno los restos hallados en Castenodolo; no pertenecen ni al cuaternario, sino á la época actual. Así se ha confirmado nuestro humilde juicio. V. *Bulletino di paleontologia italiana*, meses de Julio y Agosto de 1889.

ciaron sin escrúpulo el bolsillo de mister Whitney„ [1]. Finalmente, los Sres. Cessac y Simonin, que estudiaron personal y detenidamente el Campo de los Angeles, no creen en semejante Cráneo de las Calaveras.

Nada diremos de los hallazgos de huesos humanos en el terreno pampero del Río de la Plata, dados á conocer por Amenghino [2], ya porque, en parte por lo menos, pertenecen á la época cuaternaria, ya por lo difícil que es establecer el paralelismo entre los estratos del antiguo y nuevo Continente, y ya finalmente porque los mismos partidarios del hombre terciario se abstienen de apoyarse en tan problemáticos descubrimientos.

6. Tales son los resultados de cuantos huesos humanos se han aducido en comprobación de la teoría del hombre terciario, destituída de fundamento científico, si se avalora á las luces proyectadas por estos descubrimientos. Examinemos ahora los objetos de su industria.

Arcelin [3] enumera quince hallazgos diferentes de huesos de animales fósiles de la época terciaria, que presentan rayas, impresiones, cortaduras, indicios de talla ó de perforación, que considerados por algunos naturalistas como obras del hombre, fueron causa de contradictorias discusiones. Distínguense, entre otros, los encontrados en Monte Aperto, estación del piso astiano, que figura en nuestro cuadro sinóptico. Fué tal la impresión producida por estos huesos rayados en el ánimo de Quatrefages, que afirmó sin vacilación: "Son obra de un instrumento cortante; y como sólo el hombre fabrica y maneja semejantes instrumentos, creo en el hombre terciario de Toscana..... Es evidente que alguna horda de esos apartados tiempos encontró en la playa

1 Mortillet, *La Préhistorique,* etc. pág. 73.

2 Amenghino, *L'Homme prehistorique dans le bassin de la Plata en el Congreso int. d'anthrop.* París, 1878. *La antigüedad del hombre en la Plata.* Paris, 1881.

3 *L'Homme tertiaire,* etc.